

**Aron COHEN, *Minas y mineros de Granada (siglos XIX y XX)*,
Diputación de Granada, Granada, 2002, 161 pp.**

Las monografías de zonas mineras constituyen un aporte muy interesante para conocer el desenvolvimiento de esta actividad en diferentes cuencas y provincias, sus problemas, producción, empresas, efectos y, en general, distintos elementos que envuelven a la extracción. Sobre todo son una base para el análisis de la especificidad empresarial y de las consecuencias socioeconómicas. Aunque contamos con descripciones históricas y con estudios recientes de un número importante de ellas para nuestra península, quedan significativos huecos o se echa de menos mayor profundización de determinadas zonas. En este caso, carecíamos de una visión general de la evolución de la minería granadina contemporánea.

En cierto modo este libro nos rescata la actividad extractiva de una provincia que ha tenido relativamente poco eco. Se conoce la trascendencia del hierro vasco, carbón asturiano, mercurio de Almadén, cobre onubense, los plomos jiennenses, cordobeses, murcianos o almerienses, etc. Pero el nombre de Granada parece que no tiene relación con estas cuencas. Por el contrario, sin intentar medir nada, estuvo en el inicio de la moderna minería del siglo XIX, participando con la Sierra de Gádor, tanto productivamente como en capitales e iniciativa, en la eliminación de las trabas al desarrollo del sector; por otra, alcanzará las mayores cotas productivas con el laboreo de los enormes depósitos de hierro de Alquife, que la colocaron como primera zona productora de la península de 1967 a 1996, con un volumen anual parecido al de los mejores años de la cuenca vizcaína (amén de una trascendente extracción en los años anteriores). Se hacía pues merecedora al menos de una descripción de la evolución de esta parcela de su economía.

El texto de Cohen es un pequeño libro que, en principio, parece más orientado a la divulgación, pero que esconde una interesante percepción de la evolución económica de este sector. No constituye, pues, un trabajo puro y duro de investigación de fuentes sino, como en el prólogo se le caracteriza, de una publicación de síntesis. En ella, utiliza todo su arsenal de investigación, principalmente del Marquesado del Zenete, la escasa bibliografía disponible sobre la minería del plomo de esta provincia, las fuentes generales de los estudios mineros contemporáneos y el conocimiento del autor, que ha trabajado de modo especial en el ámbito del análisis demográfico. Ello hace que no sea un historiador económico en el sentido más estricto de la palabra, lo que muchas veces es digno de alabanza. El resultado es un campo de visión más amplio, que le permite evaluar la trascendencia de esta actividad más allá de las meras cifras de producción. En principio, pretende, siguiendo la propia descripción de su trabajo, un análisis económico-social (aunque, como veremos más adelante, se quede más en lo primero a pesar de contar con interesantes aportaciones en el otro campo).

El libro parte de la dicotomía de la extracción granadina de los siglos XIX y XX: el plomo y el hierro (independientemente de otros minerales extraídos en cantidades menores: oro, mercurio, zinc y cobre). En el plomo nunca alcanzó esta provincia cotas pro-

ductivas significativas en el plano nacional, pero se mantuvo activo su laboreo a lo largo de los dos siglos considerados, aunque con importantes fluctuaciones. Es difícil hablar de falta de espíritu empresarial y de iniciativa cuando en este caso (y muchos del sureste) nos encontramos con multitud de empresas que, con unos condicionamientos brutales, mantienen no se sabe bien cómo durante lustros la llama de los trabajos subterráneos. Los rasgos característicos del plomo granadino fueron parecidos a los de las otras cuencas, especialmente del sureste: pequeña producción, dispersa, fragmentada, desordenada, intermitente; técnicas rudimentarias; dependiente del azar de las labores y de los vaivenes de los precios; predominio de los fines especulativos; prácticas abusivas de arriendo; frecuencia de la rebusca; metalurgia paralela... Esta forma de organización fue motivo constante de crítica por los ingenieros del ramo, que incluso se incrementó con el paso de los años, llegando a tachar al plomo de maldito, que envenena y nada proporciona a la economía. Frente a ello, Cohen propone un balance que incluya otros elementos que permitan una visión más amplia de la trascendencia del laboreo. Por ejemplo, esta arcaica minería cumplió un papel nada desdeñable al limitar la hemorragia emigratoria de estas tierras y tampoco la gran minería se caracterizó por sus efectos de arrastre. Nos parece este punto de vista una apreciación acertada, que debería tenerse en cuenta a la hora de evaluar buena parte de nuestro acontecer minero.

Cohen nos describe una serie de proyectos que con más o menos éxito salpicaron la actuación empresarial en la provincia. Destaca el de la Sociedad Minas y Plomos de Sierra de Lújar (1897-1935), que con una minería tradicional constituyó, como señala la *Revista Minera*, uno de los mejores negocios del país. Es interesante el trasiego de iniciativas locales, nacionales y extranjeras que intentan por toda la geografía provincial explotar algún depósito importante y que muchas de las veces ni siquiera tuvieron repercusión en las estadísticas de producción. Lo que nos parece que queda algo cojo en la descripción de la explotación del plomo granadino es la primera época de su minería contemporánea. Es cierto que las fuentes impresas y las series estadísticas se desarrollaron en la segunda mitad del siglo XIX, pero la primera mitad del siglo fue una época crucial, en la que incluso resulta más atrayente esa iniciativa dado lo temprano de la época y las grandes dificultades técnicas, de capitales, de infraestructuras y legislativas.

En cuanto a la actuación extranjera destaca un apellido singular, Meersmans, de origen belga, que encabeza durante un siglo buena parte de las iniciativas más relevantes de la minería granadina, en especial la del hierro, y que fue el intermediario clave en la introducción del capital foráneo en la provincia. No es un caso aislado sino que en muchas cuencas nos encontramos con personas y familias extranjeras que se aprovecharon y favorecieron, en un binomio variable, la explotación de los recursos del subsuelo peninsular y que, en suma, forman parte de las peculiaridades del desarrollo empresarial del sector en los siglos XIX y XX.

El hierro ha sido el mineral estrella de esta provincia y su protagonista la llanura del Marquesado (Alquife). Las necesidades técnicas y de transporte (con múltiples dificultades) eliminaron la posibilidad de la pequeña iniciativa, siendo inversores extranjeros (ingleses y franceses) los que se encargaron de llevar a cabo los desembolsos necesarios para su explotación. Destaca en este sentido la conformación específica de la extracción en esta comarca, que aprovecha las limitaciones de una economía agraria para establecer unos lazos con los pueblos del entorno. Una relación que Cohen la define entre «peque-

ña agricultura y capitalismo minero» y que va a permitir una presión sobre la remuneración de los trabajadores (los más bajos de España, especialmente en la primera mitad del siglo XX). El subempleo campesino tiene una salida en la mina y los menguados salarios reforzaron los lazos con la tierra de las familias campesinas. La acción de la empresa y su papel en la zona sobrepasa los límites de la mera extracción y es lo que permite comprender las características que aquí tuvo el funcionamiento empresarial. El resultado fue que cuando estos yacimientos en 1967 se colocan a la cabeza de la producción de hierro nacional, los costes laborales eran tres veces menores que los de las empresas vizcaínas.

Al final, en 1996 se paralizó la extracción en Alquífe. Por una parte, no podía hacer frente a la competencia de los grandes productores de Australia y Brasil y los nuevos de bajo coste. Por otra, la regulación de la siderurgia en España supuso un drástico recorte de la producción nacional, su demanda principal en los años ochenta. A todo ello se unían, por último, los tradicionales problemas de transporte ferroviario y las dificultades de desagüe de unos minerales cada vez más profundos.

La minería metálica languidecerá en el fin de siglo, pero ello no significa que terminen las iniciativas (fluorita, turba, hierro para color, estroncio -primer productor mundial), pero con una trascendencia y un volumen de empleo muy reducido. Sin embargo, la extracción conoce un nuevo desarrollo en la extensión de la explotación en canteras de áridos y rocas ornamentales, tal y como sucede en otros lugares de la península. En el caso de Granada son fundamentalmente pequeñas empresas, con un número reducido de trabajadores, pero que suponen actualmente más de 80% del valor total producido en el ramo.

En resumen, este libro nos ofrece una buena panorámica de la minería granadina contemporánea. Lo que si echamos de menos es una mayor profundización en las condiciones de trabajo y vida de sus cuencas. El autor se queda en la primera parte del título (minas), mientras que la segunda (mineros) se aborda de manera más superficial, cuando cuenta en su haber con interesantes trabajos en este sentido y con una línea de investigación sobre la morbilidad en las explotaciones mineras.

MIGUEL A. PÉREZ DE PERCEVAL